



*Facultad de Ciencias Económicas  
Universidad de Buenos Aires*



**Eduardo Levy Yeyati: “Dinosaurios y marmotas – en busca del desarrollo perdido” - Un comentario**

Alberto Müller

CESPA-FCE-Universidad de Buenos Aires

Nota Breve N°76

06/06/2024

El título del libro de Levy Yeyati no dice quizá demasiado, pero el subtítulo remite a la cuestión del desarrollo. Lo de “perdido” se refiere probablemente a un país que por alguna razón perdió la brújula o el mapa que lo conduce al desarrollo.

La cuestión del desarrollo – o de las frustraciones argentinas en torno de este tema – aspira entonces a ser el eje de un conjunto de reflexiones sobre temas diversos. Reflexiones que parecen remitir más a esas conversaciones de viernes por la tarde, de tono distendido y sin compromisos. El resultado es una secuencia donde desfilan, en un tono poco apasionado y desde una mirada distante, tópicos que apuntan a explicar la decepción argentina: la educación, la insuficiencia de ahorro, la persistencia en reiterar patrones desarrollistas propios de la década del 60, el desarrollo tecnológico y su incidencia sobre el empleo, el envejecimiento poblacional y el sistema previsional, la universidad pública, los ciclos de crecimiento y caída, el insuficiente ahorro y consiguientemente la inversión también escasa, el comportamiento pendular de la Argentina.

Estas reflexiones, si bien dan lugar a recomendaciones, no conducen a alguna propuesta o lineamiento programático; tienen básicamente un carácter diagnóstico, carente como dijimos de alguna estructuración o articulación. El tono es más bien el de un relato, como dijimos. Esta segunda edición (2021) replica el contenido de la edición anterior (2015); pero se agrega una cantidad de notas al margen (literalmente) que actualizan parte de las afirmaciones anteriores.

Es destacable la amplitud temática y a la vez la solvencia con que Levy Yeyati navega en tal diversidad. Aporta una cantidad importante de fuentes, y nos brinda incluso referencias literarias. La calidad de la redacción es claramente superior a la de la literatura usual, lo que hace que la lectura sea placentera.

En varios temas, el posicionamiento de Levy-Yeyati replica la sabiduría convencional del análisis conservador moderado, usualmente coincidente con los productos de la consultoría internacional. Así es el caso paradigmático de la educación, donde destaca una y otra vez las deficiencias de la Argentina, conforme a lo que indican las pruebas PISA (si bien menciona al pasar que en el caso de las pruebas TERCE de UNESCO la Argentina no queda tan mal posicionada). Asimismo, critica la orientación de la enseñanza (en particular la universitaria), por no dar suficiente énfasis a la formación para el trabajo.

Otro lugar común es esa noción tan arraigada de que la Argentina se erigió como un país acostumbrado a vivir de la renta pampeana, y que en consecuencia ahorra e invierte poco, y ve con frustración cómo países otrora atrasados se han arrimado, en nivel de desarrollo, cuando no le llevan la delantera. Esto refleja la propensión al rentismo y el desdén por el esfuerzo.

No podían faltar las menciones a la falta de confianza y el escaso respeto por las instituciones, la operación de la “trampa de los ingresos medios”, y el movimiento pendular entre programas conservadores y populistas. Tampoco, la crítica a programas para la pobreza que no contribuyen a que sus beneficiarios superen esa condición.

¿Qué hay de novedoso, entonces, en términos de contenidos, más allá de la remarcable calidad de redacción y la amplitud de las referencias? Quizá lo más interesante sea lo que plantea en el capítulo 4, donde retoma la predicción de Keynes acerca de la economía de (sus) nietos, y la compara con lo ocurrido realmente. Levy Yeyati se pregunta porqué la cantidad de horas trabajadas no ha disminuido, incrementándose así el tiempo dedicado al ocio. Discute diversos tópicos relacionados con este tema, manifestando simpatía por alguna forma de ingreso universal (o impuesto negativo o positivo sobre los ingresos). Sugiere incluso que quizá la escasa inclinación al trabajo de generaciones más recientes podría estar preanunciando una disminución de la jornada laboral. Esta temática parece más propia de países desarrollados, y no tanto para el caso argentino., y por cierto no hace al tema del desarrollo.

Hay dos puntos que conviene rescatar, como aportes que salen del molde más tradicional. Uno de ellos es la crítica a quiénes quieren volver a toda costa al desarrollismo industrial sesentista, volcado a la sustitución de importaciones; señala que apuntar a servicios modernos es una vía igualmente válida. Entendemos que ésta es una crítica a enunciados propios de la época de los gobiernos kirchneristas, aunque a nuestro juicio no abundaron las manifestaciones nostálgicas (este comentarista ha incurrido sí en esa nostalgia, además de tener algunos reparos acerca de la vocación industrialista de esos gobiernos).

Por otro lado, destaca como una palanca para la inversión el direccionamiento hacia la diversificación productiva de la renta de recursos primarios. El ejemplo que plantea es el de Australia, cuyo desarrollo minero ha permitido este movimiento. Ésta es en parte una defensa del desarrollo de recursos primarios. Pero no menciona cuáles serían las fuentes de renta primaria en el caso argentino; tal vez, para evitar la cuestión acerca de la renta agrícola, que fue entre otros el sujeto real – aunque oculto – del debate (y conflicto) acerca de las retenciones, producido por la Resolución 125/2009. Más allá de esta omisión, esta propuesta es inatacable.

Como dijimos, el subtítulo del libro es “En busca del desarrollo perdido”. La cuestión del desarrollo está presente, pero el eje está más puesto en las frustraciones argentinas. No hay alguna propuesta en ese sentido, ni mucho menos lineamientos de algún programa. Da la sensación que el autor se posiciona en un lugar desde donde “todos” saben qué es lo que hay que hacer; es como si no fuera necesario entrar en detalles.

Incurre sí en alguna “boutade”, como aquélla de que “mi política industrial preferida es la educación”. Una afirmación que reitera en versión modificada aquello de que “la mejor política industrial es no tener política industrial”, tan de moda en la década de 1990. Si esa fuera la política industrial a aplicar, la Argentina requeriría algo así como 20 años para lograr que algo menos del 50% de su población activa estuviera correctamente educada y hubiera alcanzado como mínimo la edad para el mando medio en el proceso productivo. Esto, y decir que no hay política industrial viable, es casi lo mismo.

No vamos a negar aquí tanto las limitaciones del actual sistema educativo argentino, como la importancia de mejorarlo. Pero Levy-Yeyati le da al tema una tal centralidad, que nos

lleva irremediablemente a la conclusión indicada: hay que esperar. El “capital humano” es todo.

El concepto de “capital humano” se encuentra tan arraigado en su visión, que llega a atribuir la menor distancia entre salarios altos y bajos verificada en el período del gobierno kirchnerista al empeoramiento de calidad de la educación superior. Un argumento de muy difícil verificación, entre otras cosas porque la mala educación de hoy (según dirían las pruebas PISA) no explica el desempeño del mercado de trabajo actual, por el desfase temporal entre educación y práctica laboral. Levy-Yeyati muestra una adhesión diríamos dogmática a ese concepto.

Hay en otro plano una argumentación peculiar, referido a las fluctuaciones cíclicas tan frecuentes de nuestra economía. Lejos de la habitual tesis de la restricción externa – la economía no genera suficientes divisas para sostener un nivel de actividad elevado, por las importaciones que demanda – Levy Yeyati acude al argumento de la insuficiente inversión, producto a su vez del bajo nivel de ahorro. La fase de auge se encontraría entonces acotada por una disponibilidad insuficiente de capacidad, sea en el sector privado, sea en infraestructura; esto, porque durante ese auge no habría inversión suficiente.

Este argumento por un lado no atiende a aspectos de temporalidad; la capacidad que se constituye no está disponible *pari passu* con el crecimiento (como imagina la convencional función de producción neoclásica), sino que lleva un tiempo de maduración. En el mundo real, el “capital” no es una jalea que se dosifica en forma milimétrica y produce al instante; esto es retórica de economista dogmático, no es algo propio de un ingeniero. Por otro lado, parece ignorar que es precisamente en los ciclos de auge cuando la inversión es mayor.

En definitiva, se trata de un argumento que soslaya la restricción externa. Estamos de acuerdo en que esta restricción podrá alivianarse con inversión (y diversificación productiva); pero atribuir el ciclo a un insuficiente nivel de ahorro, y por ende de inversión, es un argumento original, pero no correcto. La insuficiencia de inversión podrá explicar un ritmo lento de crecimiento, pero no las fluctuaciones cíclicas.

Para una perspectiva correcta, añadimos que se trata de crecimiento lento, pero no de ausencia de crecimiento. En el último medio siglo, y siguiendo las cifras del Banco Mundial, el PIB per cápita de Argentina se incrementó a una tasa anual de 0,5% (esta tasa para América Latina y el Caribe fue de 1,1%); las fluctuaciones, desde ya, estuvieron a la orden del día.

Levi-Yeyati trata de mostrarse próximo a las realidades concretas de la Argentina; pero su inserción efectiva en nuestra sociedad lo traiciona una y otra vez. Por ejemplo, indica que las universidades públicas del Conurbano Bonaerense son la vía de salida de la pobreza, lo que llevaría a concluir que el Conurbano estaría integrado casi exclusivamente por población “pobre”. Viendo los números, esto no es así; pero sorprende que el autor replique una visión tan esquemática, casi caricaturesca, propia de cierto periodismo

superficial, como el del diario “La Nación”, que todas las semanas refuerza esa idea de que Conurbano equivale a pobreza y a crimen.

Más aún: toma en tono de sorna una declaración de una estudiante de la Universidad de La Matanza que sostiene que “aquí también leemos a Habermas”. Es evidente que eso le parece inapropiado; para reforzar la idea, nos dice que él ni leyó ni leerá a Habermas. Es como que Habermas sólo tiene que ser leído en las universidades de esos países donde ya no queda nada por hacer.

Incurre en algo parecido cuando dibuja un perfil de estudiante del mal secundario público, que repite dos años antes de graduarse. Sitúa este estudiante en la localidad de Martín Coronado. Cualquiera que conozca Martín Coronado, sabrá que es una zona de prevalencia de clase media, donde descuella la Ciudad Jardín de El Palomar. Pero como queda en el Conurbano...

Su visión digamos “porteñista” queda además en evidencia por la ausencia de cualquier mención acerca de las provincias, de sus particularidades, y de sus correspondientes gestiones gubernamentales. Un punto no menor, sobre todo si pensamos que la educación primaria y secundaria – a la que le dedica muchas páginas – es de responsabilidad provincial. Es como que su mundo se reduce a los contrastes entre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y el Conurbano.

No es apropiado criticar a un autor por lo que no trata. Pero si el tema es el desarrollo y cómo lograrlo, no es posible esquivar una reflexión sobre la experiencia de la Convertibilidad; la casi única mención es para caracterizar a Menem como “populista”. La experiencia nos indica que hay una tendencia inconmovible por parte de los analistas conservadores a tildar de “populista” toda experiencia frustrada, cualquiera haya sido su doctrina u orientación. Así, Guido Di Tella en su momento tachó a Martínez de Hoz de “populista”.

La Convertibilidad fue – según análisis comparativos latinoamericanos no sospechables de “populismo” – uno de los tres ensayos de mayor profundidad de reformas pro-mercado (“neo-liberales”, si es que el término no incomoda). Pero parece que esta experiencia no es de interés para Levi-Yeyati. Ello, a pesar de que contó con el apoyo casi unánime de los actores políticos, tuvo 10 años de vigencia, produjo las más altas tasas de desempleo y subempleo, y desembocó en la peor crisis económica de la posguerra. A Levi-Yeyati le alcanza con calificar a Menem de “populista”; es todo lo que hace falta.

¿Es “Dinosaurios y marmotas” un libro recomendable? Diría que sí, por su lectura agradable y la riqueza de su contenido y de las fuentes. ¿Es un libro de lectura indispensable? No lo diría; no le encuentro suficiente novedad en sus aportes, en la búsqueda del “desarrollo perdido”.